

que iba á ser abandonado, acudió á presentarse á sus tropas, y á hacer una prueba de si podria traerlas de nuevo á seguirle. Pero su falta de brios y tino se manifestó de nuevo en esta ocurrencia, pues solo supo consultar á sus secuaces cuando debia darles órdenes; y al verlos vacilantes, pues no osaban ni prometerle lealtad ni declarársele rebeldes, se retiró pesaroso y casi tímido, en vez de proceder entero aterrando con el aspecto de la magestad real ofendida y enojada. Quedaba ya solo dar la última mano á la obra de la pacificación concluida. Dispuestas las cosas á las últimas horas del 30 de agosto de 1839, en el siguiente dia fueron los campos de Vergara teatro de un espectáculo singular, solemne y tierno. Acercáronse los soldados hasta allí encarnizados enemigos, y, deponiendo por una y otra parte las armas, confundieron con fraternales abrazos las reliquias del antiguo odio. Maroto y Espartero hablaron á sus tropas, que les respondieron con apasionados vivas á la paz; siempre grata, y mas despues de tan prolija y sangrienta guerra. Las condiciones del ajuste eran que los del ejército de D. Carlos conservasen los empleos, honores y dignidades que en el servicio del mismo príncipe habian conservado ó adquirido, y que fuesen reconocidos de nuevo los fueros de las provincias Vascongadas y de Navarra; bien que sobre este último punto no se comprometió el general de la reina, si bien se obligó á usar de su entonces omnipotente influjo para que el reconocimiento de la legislación particular de aquellas provincias fuese hecho por las córtes que iban á congregarse. Numerosos batallones vizcainos con otros fueron los que desde luego prestaron obediencia á Isabel II. Siguieron su ejemplo en breve varios mas de guipuzcoanos y alaveses. Huia hácia Navarra D. Carlos seguido de pocas tropas, en las cuales no se habia desmentido la fidelidad á su causa. Pero aquellos de sus mas leales, aunque locos, servidores, que habian excitado una sublevación contra Maroto, se hallaban al frente de los sublevados sin acertar á contenerlos. Entre aquella gente desesperada empezó el desórden, compañero de la agonía de los partidos. Justificándose á sus propios ojos su conducta, viendo probada la traición que les sirvió de pretexto, y patente su ruina; y conociendo ser esta inevitable, ya que no podian acudir al remedio, anhelaban la venganza, buscándola con actos de criminal demencia. Sospechaban unos de otros, y se amenazaban entre sí. Entregábanse al saqueo, y cometian todo linaje de insultos contra cualesquiera personas, como gente rabiosa y ciega que solo ha menester un desahogo á su furia. Caian sobre los de su mismo bando que huian á Francia, sin advertir que estos eran cabalmente los que se negaban á entrar en los tratos concluidos con el enemigo. El general Gonzalez Moreno cayó asesinado por ellos, pagando la parte que ocho años antes habia tenido en la muerte de Torrijos y sus compañeros de desventura, como no faltó quien notase, viendo en ello un ejemplo de la expiación de atroces delitos que suele ordenar la Providencia. Al fin estos foragidos, á quienes habian hecho tales su desdicha y su yerro, hubieron de entrarse desordenados en el territorio de la vecina Francia. Otro tanto hubo de hacer casi en la misma hora el mal parado pretendiente, que, viniéndole encima y ya cercano Espartero, se retiró hasta